

Marvin Farber, especialista en fenomenología y gran conocedor de Husserl, es director de la "Philosophy and Phenomenological Research", publicación de la Universidad de Buffalo destinada a proseguir libremente las investigaciones del maestro.—*Edison Arias Arcos.*

■

"ORO Y TORMENTA", de *Juana de Ibarbourou*. Ed. Zig-Zag.
Santiago de Chile, 1956

Con fecha editorial de 1956 nos llega la obra más reciente de la gloriosa poetisa del Uruguay.

De las cuatro fantásticas mujeres de la poesía hispanoamericana —la Agustini, la Storni, la Mistral, la Ibarbourou— sólo esta última vive. En ella se concentra hoy el amor, la admiración y el agradecimiento de América. La historia de nuestros pueblos quiso revelarlas casi paralelas en el tiempo. Delmira fue la ardiente profetisa y casi junto a su anuncio se levantó el fuego de otros tres astros. Distintas, netas, inconfundibles, están juntas y hermanadas, como en una leyenda.

Delmira murió cuando su alucinante rayo apenas estallaba. Las otras tres desarrollaron con profunda constancia todo un destino poético. Avanzaron, ahondaron, cambiaron, crecieron. Sin ánimo chauvinista, puede ya declararse con estricta objetividad que por ser la más grande, Gabriela Mistral es la que más logró su total dimensión. Sin embargo, Juana de Ibarbourou se señala en el grupo por haber sido la más constante "en una misma actitud poética", condición que se ha manifestado muchas veces en los poetas mujeres: Elisabeth Barrett B., que es esencialmente la poetisa del amor conyugal; Marcelina Desbordes-Valmore, la poetisa del dolor doméstico; Emily Dickinson, la poetisa del intelecto lírico en soledad, y también en algunos grandes poetas masculinos que desarrollaron su obra con una sola y fundamental actitud, visible ya desde el comienzo de su canto: Garcilaso, Bécquer, Antonio Machado, en la poesía española.

Oro y Tormenta, con estados de ánimo diferentes a los del jubiloso pasado de Juana, testimonia para ella la precisa condensación de su temple original. Menos inquieta y turbulenta que las otras, la autora de *Raíz Salvaje* se ha encontrado desde un comienzo en su propio país poético, en el cual ha “aposentado” aires de otras atmósferas (los poemas en verso tan libre como rico de *La Rosa de los Vientos*), inquietudes quebradas y varias, sin que nunca la tormenta haya podido vencerle la tranquilidad de su gracia. Por esto, remata estupendamente su *Días sin Fe* con una exclamación de hada en el cautiverio: “¡Ah! quisiera ya librarme de esta cosecha — y volver a tener los días ágiles y rojos”.

Porque el país poético de Juana Fernández, la muchacha agreste y conventual que un día llegara a Montevideo desde su aldeíta del interior (Melo, donde nació en 1895), con su negro cabello de criolla bella y agua virgen en la boca, para encontrarse entre máquinas, ruedecillas ciegas, cráneos absortos, activas rutinas, es el de una gran pureza original, el de una limpidez congénita para la captación del mundo, que al comienzo fue de una encantadora ingenuidad y luego se fue asentando en una seriedad sin maraña. El aire, el agua, los frutos, ciertas flores (la rosa y el nardo), la música más fina, el vuelo más puro, éstos fueron y son sus elementos simbólicos. Si por entonces era una “Jeannette d’Ybar” la que firmaba aquellos poemas de delicia que entusiasmaron a Unamuno, el canto revelaba sin dudas a Juana Fernández, la moza agreste y primaveral de América. A diferencia de la Storni, que entre las calles de una Buenos Aires inmensa y cosmopolita asume la dramática y lineal crueldad de la ciudad y construye su canto en esta angustia inflexible, la Ibarbourou no perderá jamás una “sanidad” milagrosa, una salud vegetal y aérea que la sella como la más específicamente “lírica” de nuestras grandes poetisas.

Juana de Ibarbourou es la poetisa de la gracia y de la gracia de criolla hispana. El garbo, el donaire, la esbeltez vital de la doncella morena americana, he aquí su fuerza. Librada por su aire original a la tremenda agonía cósmica de los otros grandes poetas de nuestras

latitudes, su obra alienta por siempre en un para nosotros inusitado equilibrio entre criatura, mundo e historia. De su historia ya hay muchos que han dicho que no la tiene. Quieren decir que la tiene sin furia, sin abismos. Conocido el amor, realizado dichosamente como esposa y como madre... ¿Quién puede decir cuánta potencia de vitalidad espiritual no alienta dentro de tan fundamentales experiencias para un creador?

Lo que más conmueve en *Oro y Tormenta* —¡imposible un título más bello y significativo!— es la constancia en un mundo de limpidez aun en la hora de la melancolía otoñal. Ya en un libro anterior —*Perdida*, Losada, 1950—, que acaso para el futuro sea señalado como uno de los más altos logros de su lírica, la Ibarbourou vivía su instante desolado y reflexivo de criatura hecha de tiempo. Pero ¡qué modo de aceptarlo y comprender! Su amargura es nobilísima, sin protesta, siempre presidida por un sentido profundo de la total armonía de la existencia: “Me enfrento a ti, oh vida sin espigas, — desde la casa de mi soledad. — Detrás de mí anclado está aquel tiempo — en que tuve pasión y libertad, — garganta libre al amoroso grito, — y casta desnudez, y claridad — ... “Sombras ahora, sombras sobre el tallo, — y no sentir ya más — en la cegada clave de los pétalos — aquel ardor de alba, miel y sal. — “Criatura perdida — en la maleza de la antigua mies. — Inútil es buscar lo que fue un día — lava de oro y furia de clavel. — En el nuevo nacer, frente inclinada; — sumiso, el que era antes ágil pie; — ya el pecho con escudo; ya pequeña — la custodiada sombra del laurel...” (*Tiempo*).

Su musicalidad aparece siempre lineal y persuasiva. Su signo externo de “perfección” original ha sido éste: el de una melodía angélica y conquistadora, armoniosa guitarra americano-renacentista, hermana del laúd de Garcilaso: “Apaciguada estoy, apaciguada — muertos ya los neblíes de la sangre. — Silencio es, silencio — el día que empezaba en jazmín suave” (*Ruta*). Esta capacidad concuerda exactamente con el ejercicio de una fantasía tan sensitiva como justa. Ella resuelve magistralmente la paradoja de una “exacta fanta-

sía". Esta armoniosa se goza naturalmente en "la perfecta simetría — del campo" (*Viento del Amanecer*, soneto veintiocho de *Oro y Tormenta*); para ella, Sirio traza por el cielo americano un "indescriptible "Plan" de cetrería" (*A Deshora*, soneto cincuenta, id.); resumirá el abandono de la mujer en un "fantasma triste" que no es ululante ni vagaroso, sino agudo "como una gema que la luz no toca" (*Margarita Gauthier*, soneto setenta, id.).

Hoy la voz se conforma, casi era de esperarlo, en el soneto clásico, inefable y exacto. No en el vaso cruento del soneto mistralesco o en el cántaro dramático del soneto de Miguel Hernández. En la copa perfecta del soneto garcilasiano. Copa en la que cabe su mundo de siempre, el que su sensibilidad le ganó con el valor de una auténtica captación de la realidad. Siempre los mismos elementos en su gentil pureza adecuados al armonioso desarrollo de un destino femenino excepcional. Siempre "el mimbre del aire", la paloma, los nardos, las naranjas, la manzana, el llantén del otoño, los delfines de un mar límpido, abierto. Siempre este espejo de mujer, bello como nunca en su serena riqueza dibujada. Es la hora del sueño, que llama con visiones de vigilia aterrada, que aturde un poco, pero que está despierto y lúcido y siempre hermoso, casto y ordenado en una elegancia naturalísima, conmovedora por su femenino gesto: "Ya sé lo que es morir y no estar muerta, — lo que es golpear sobre ferrada puerta — con puño de mujer cansado y leve" (*Ya sé lo que es morir*, soneto sesenta y nueve).

Amor, desolación, terrores metafísicos, dulces transfiguraciones, espera, pensamiento, silencio, he ahí los elementos anímicos de los setenta sonetos que componen el libro. Por sobre y al fondo de todo, la cabal realización poética de un espíritu con la eterna juventud de la gracia, la pureza, el donaire, un sentimiento fundamental de la secreta armonía del mundo, sentimiento que no es el fruto de una hazaña reflexiva, sino un poder original simplemente desarrollado en el tiempo. Y como sello especificador, una femineidad definidora, toda esbeltez, elegancia y sentido de la proporción, que, en el centro de un mágico trance de lirismo, apresa la maravilla con un gesto

delicado y pequeño de mujer: "Mojo el pie en su corriente y me estremezco. — Está hechizado el río! Crezco, crezco, — me vuelvo un árbol todo flor y brillo, — descubro el mar, vislumbro la montaña, — pero mi pie está prisionero, y daña — una mano de hierro mi tobillo" (*El Río*, soneto veinticuatro).

Juana de Ibarbourou tendrá como valor imperecedero éste de mostrar la dimensión de lo inefable en el espíritu de América, la "gracia" en lo criollo, revelada como fuerza tan natural como perfilada.—*Gastón von dem Bussche*.



"DIARIO DE UN CAZADOR", de *Miguel Delibes* (Premio Nacional de Literatura, 1955). Barcelona. Ediciones Destino. Colección "Ancora y Delfín". Segunda edición, 1956

Miguel Delibes, joven escritor de las nuevas promociones literarias españolas, nos ofrece un claro ejemplo de una trayectoria novelística en ascenso, desde el punto de vista de la expresión y de la técnica. Se inicia con la publicación de *La sombra del ciprés es alargada*, novela con la que obtuvo el Premio Eugenio Nadal, en 1947 (este premio constituye actualmente la consagración de los jóvenes valores que se inician en las letras, porque ha sido otorgado siempre sin atender a compromiso alguno). En esta novela podemos apreciar junto a las bellas descripciones, una agudeza de penetración en los caracteres de sus personajes, que revelan a un extraordinario observador de las tierras castellanas y de sus habitantes. Recordamos como dato ilustrativo, que el autor nos visitó en 1955, y que publicó en España posteriormente una serie de artículos sobre nuestro país y nuestra gente con un acierto poco común.

Posteriormente al año 47 publicó *Aún es de día*, *El camino* y *Mi idolatrado hijo Sisí*, que van acentuando sus rasgos realistas y una perfección en la técnica. La expresión se va volviendo más reconcentrada y ágil, tal como la encontramos en la novela que comenta-